

Edgar Allan García

Julio Jaramillo, el rruiseñor de América

Joaquín Peña Gutiérrez



Eskeletra Editorial, Quito, Ecuador, publicó este libro de 155 páginas blancas, en 2006. En la portada, la silueta del artista y su guitarra. En la contraportada, una nota que empieza así: “Julio Jaramillo Laurido es, sin duda, el más grande cantante que ha dado nuestro país a lo largo de su historia”. Y del continente, se agrega sin remilgos, y sin colocar la aclaración: de música “popular”.

El libro informa en cuatro partes organizadas y contadas como una buena novela moderna la vida del cantante. Desde que

nació, en 1945, y antes de que abriera los ojos, le cayeran al tiempo todas las enfermedades infantiles: sarampión, varicela, etc., y todos los remedios del mundo; además de su tránsito por ebanista y zapatero, hasta su muerte a unos 43 años, suficientes, decimos.

Como buena novela moderna, el libro construye una imagen que percibimos cabal; nosotros que lo conocíamos fuera de él —de este libro—. Y agrega a esa construcción de hombre otros datos, detalles, vivencias que ponen al personaje en las dimensiones contradictorias, a veces fastidiosas; a veces las muy amables del ídolo. Finalmente, una especie de tautología del todo conveniente. Ejemplo: cantaba como se escucha y se escuchará cantar; recibía una noche 35 000 dólares que desaparecían antes del mes (¡José Alfredo Jiménez cómo es que dice en su canción *El rey*: pos no sé ni por dónde los tiré?, en un paralelismo más que simpático); dejó arriba de 35 hijos, valga decir, sin papá; la mujer que le gustaba, la conseguía, a su decir, por las buenas, o por las malas, si no, se casaba con ella.

Pero la reseña no es sobre J. J., es sobre el libro. Al final de cada una de las partes que cuenta como una buena novela moderna la vida del artista, el lector encuentra un cancionero de unas muy pocas de las letras que grabó en más de 240 LP: 1. Pasillos

(ecuatorianos, *Romance de mi destino*: “Todo lo que quise yo / tuve que dejarlo lejos, ...”). 2. Boleros (de todas partes, *Niévalo todo*: “No le digas a nadie cómo te quiero / hazle creer al mundo que no es así ...”). 3. Valses (del Ecuador y de fuera, *Fatalidad*: “Nocturno de celaje deslumbrante / tu encanto rememoro a cada instante ...” —con esta canción insignia planteó su inicial y victorioso desafío a Olimpo Cárdenas quién era rey único). 4. Termina con un poema llamado *Homenaje ronco. Pueblo, fantasma y clave de Jota Jota*, de Fernando Artieda.

Edgar Allan García, el autor del libro, es de *Esmeraldas*, 1959. Escritor laureado en poesía, narrativa y literatura infantil. En Colombia ganó el Premio Susaeta Editores. Nos parece un fenómeno cultural importante que un escritor reconocido de literatura “levante” en su palabra a personajes de la naturaleza de Julio Jaramillo. Borges lo hizo desde hace casi 100 años con el compadrito y el tango; y no se le cayó nada. Al contrario. Como si se le cayó a un escritor paisano

de Edgar Allan, un poco mayor, que pasó por Bogotá hace años; muchos. Recuerdo la anécdota que puede aportar un ejemplo de significación cultural espiritual de este cantante sin que la gente se dé cuenta, como ocurren los hechos de la cultura.

“Ah. ¿Julio Jaramillo? El cantante de las sirvientas. Lo escuchan cuando se van a suicidar en un morrito que hay en la ciudad”, contestó al ser interrogado. Cinco horas después, la reunión caliente, “humo y licor”, salió J. J. a toda, “qué voy a acostumbrarme a no mirarte / qué voy a acostumbrarme a estar sin ti / etc.” Mientras Julio le entraba en alguna parte secreta, pero sensible y clamorosa, el escritor fino, de altura, se fue doblando en el asiento sobre sí mismo hasta quedar un montoncito húmedo de lágrimas. J. J. seguía fresco en su voz. Nosotros, yo, también. Antes, en otras ocasiones, ya me había doblado sin esconder nada; sin que se me cayera nada. ¿Alguien comentó que Bogotá no poseía, lástima, un morrito de los suicidios? ■